Tomo XV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 19

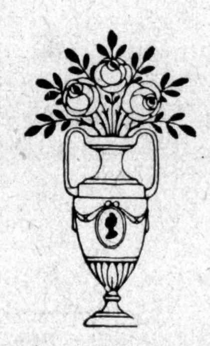
San José, Costa Rica **1927** Sábado 19 de Noviembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Apuntes de excursión

Párrafos de cartas íntimas

San José de Costa Rica,
mayo 13 de 1927.



¡Qué encanto de país es éste! —¡Qué país tan parecido al nuestro! — Desde el momento que sale uno del puerto en dirección a San José, vuelve a Colombia. La línea férrea tiene múltiples semejanzas con la de Girardot a la Esperanza. Es el trópico con todo su derroche de colores en cielo, árboles y plantas. Es la fecundidad en las tierras. Es la variada sucesión de cultivos que recrea los ojos con paisajes de diversas zonas en toda la extensión del largo ascenso.

De pronto se siente uno trasportado a la selva de los Llanos de Casanare o al Quindío. La naturaleza se muestra en todo su vigor salvaje. Reina la oscuridad en pleno día bajo la densa tramazón del bosque virgen. Todo allí semeja una lucha extraña. Los bejucos gruesos y membrudos no respetan siquiera a los viejos árboles de parasitarias barbas grises: los envuelven como víboras airadas y los hacen gemir. Y aquí, lo mismo que en nuestras selvas enmarañadas, aparecen de trecho en trecho, como para iluminar el paisaje nocturno e inhospitalario, encinas gigantes, que forman con los nidos-incensarios de las oropéndolas instalados en su copa, maravillosos candelabros.

Pero no es sólo la naturaleza lo que nos identifica. Colombia y Costa Rica son hermanas también por su amor a la libertad, por su espíritu esencialmente cívico, por su culto a las bellas letras, por su alma idealista en el fondo y siempre generosa. Las gentes mismas, especialmente aquí en San José, tienen un gran parecido con las de Bogotá. Las mismas lindas y graciosísimas muchachas, los mismos hombres feos, simpáticos y muy leídos de nuestra sociedad, *adornan* los salones de esta encantadora capital. Me bastará decirte que en noches pasadas en un baile estuve conversando en una misma mesa con Marujita Vega, Gloria Rodríguez, Emilia Nieto, María Luisa Sinisterra, López de Mesa, Ismael Enrique Arciniegas, Cornelio Hispano, Armando Solano y Lene. Era de frotarse los ojos para despertar de la ilusión.

Y que amabilidad la de esta gente! Oficial y privadamente se nos ha recibido como a embajadores. No exagero. «La embajada», así precisamente llaman en los periódicos, en los salones, y aun en las mismas calles, a nuestro alegre grupo de excursionistas.

El gobierno tuvo la gentileza de ponernos un tren expreso en Limón para venir a San José, y la interesantísima jira que hemos hecho luego por las principales ciudades del país—Heredia, Cartago y Alajuela—ha sido hecha íntegramente en automóviles oficiales. El ministro de instrucción vino a la estación a recibirnos el día de nuestra llegada y nos ha acompañado luego a todas partes como si se tratara de viejos camaradas a quienes es un deleite atender. El presidente de la República nos recibió muy cordialmente en palacio. El primer designado vino a vernos al hotel. Altas personalidades nos han hecho calurosos agasajos. No hemos estado solos un momento. Tengo la íntima impresión de que grandes y chicos hemos hecho aquí amistades de las que durán de por vida.

Entre el grupo de los hombres de pensamiento, dos personalidades han dejado en mi espíritu una huella perdurable: Joaquín García Monge y Omar Dengo. A García Monge lo conoce toda nuestra América por su nobilísima obra del *Repertorio*, pero qué grata impresión deja el hombre! Sencillo, ponderado, acogedor, bondadoso. Inspira cariño y respeto desde el momento en que le estrecha uno la mano. Y de Omar Dengo ¿qué decir? Es el entusiasmo contagioso; es la juventud serena pero dinámica; es el educador que siente, piensa y obra con sana alegría. García Monge ha sido ministro y volverá a serlo; pero hoy por hoy está en el puesto que más puede convenir a un hombre tan inteligente y estudioso como es él: es director de la biblioteca nacional, y a su cargo está una prestigiosa revista.

Omar Dengo estará admirablemente un día en el ministerio de instrucción, pero en qué buen puesto para el desarrollo de su bella actividad se halla en este momento: dirige la escuela normal de Heredia, en donde se forman los maestros y maestras de todo el país.

Esta escuela normal es, a no dudarlo, el instituto docente más importante del país y uno de los de más bello espíritu que yo haya conocido en mis ya largas andanzas pedagógicas. Cordialidad, franqueza, ambiente de estudio lleno de frescura, alegría que se asoma a todos los ojos, vida, pero mucha vida, espontánea y sana, en las aulas y fuera de ellas: tal es la impresión, o valiera mejor decir, la emoción de conjunto que deja esta escuela singular en donde el alma fervorosa de un hombre iluminado se trasformó en ambiente.

Costa Rica sí ha comprendido que la función más alta del estado es la formación de sus maestros, y a esta tarea delicada y transcedenial ha dedicado sus mejores hombres. Pudiera decirse que aquí la rectoría de la escuela normal es la antesala del ministerio de instrucción. Y hay que sentir de cerca el fuego de estas gentes para tratar de los problemas educativos!

Un hondo sentido pedagógico informa el alma de la nación entera. Los periodistas, los hombres de ciencia y de letras, los gerentes del comercio y de la industria se enteran de las corrientes renovadoras del pensamiento y aportan un inteligente concurso en las llamadas *arduas* cuestiones de la enseñanza.

El país tiene el culto de la escuela. En cada ciudad el más bello edificio es el edificio escolar, «Nuestro ejército», dicen con noble orgullo los costarricenses, «son nuestros niños», y en efecto, a esa numerosa guardia blanca, que cifra bellamente el porvenir cercano, dedica la nación las ingentes sumas que en otras partes consume el ministerio de la guerra.

A la cabeza de cada instituto docente se ha puesto una figura representativa y se le ha dejado libertad de acción. De ahí la interesantísima variedad de tipos de escuela que nos ha tocado conocer. Una a una reflejan personalidades distintas, y del conjunto surge una realidad viviente en donde no tiene cabida la monotomía.

Cortos, muy fugaces, han sido, pues, los días que hemos tenido para ver gentes y cosas que de manera tan honda venían a interesarnos. Gracias a que el tiempo ha sido aprovechado por minutos contados! Ciertas horas, efectivamente, contarán por días. Ayer no más ese hombre encantador, todo caballerosidad y todo ingenio, que se llama Mr. John M. Keith, reunía en torno nuestro en su mesa a los hombres de mayor relieve educativo en el país, y nos daba así la deleitosa oportunidad de sentirnos por unos instantes como sumidos dentro del propio cerebro de la nación.

Hay algo que en estos días ha superado toda emoción que pueda narrarse. Me refiero a lo que pudiéramos llamar las *Horas Colombianas* que aquí hemos vivido. A donde quiera que hemos llegado se nos ha recibido con algo de lo nuestro. El himno de Colombia se ha tocado hasta en la Catedral para saludar a los excursionistas. Música de la nuestra y poesía y trozos inflamados por el pensamiento de nuestros grandes hombres: tal ha sido la bienvenida que se nos ha dado lo mismo en San José que en Heredia, Cartago y Alajuela. Por todas partes penetró aquí, desde hace años, la cultura colombiana, y a nuestro paso brota ahora como una bella fuente de agua fresca. Más de una vez nuestra gratitud, antes que insinuarse en los labios, ha subido a humedecernos los ojos.

. . . .

En un ambiente tan propicio la excursión nuestra debía despertar un interés inusitado, y el deseo, digamos el anhelo, de oír en todas partes al director del Gimnasio no debía tomarse como una mera curiosidad pasajera. Era, pues, muy importante hacer un esfuerzo y hablar, hablar aquí y allí, sobre la manera como estábamos llevando a cabo nuestro intento educativo y sobre las radicales modificaciones que en Colombia venían verificándose últimamente.

Recuerdo que ahora dos años cuando hice *mi salida* por los países del Sur para ver de cerca lo que por allí se estuviera haciendo en asuntos de educación, no pensé nunca en que mi jira fuera a convertirse también en campaña de propaganda colombiana. Y ya recordarás como en el Perú en Chile, en la Argentina, en el Uruguay, en el Brasil, en todas partes, fui haciendo conferencias sin término. Del Brasil vine entonces a dar a Portugal, y allí, como en España, Francia, Bélgica, Suiza, Italia, Inglaterra, sin que me arredrara siquiera el idioma extranjero en que, salido de España, era indispensable hablar, continuó la ardorosa campaña emprendida, hasta culminar—hoy todavía me admira mi osadía—en dejarme llevar a la Sorbonne, alma mater de mi propio espíritu, para allí disertar sobre *La nueva pedagogía y su aplicación en Colombia.*

Diez y seis países visité en aquella correría de estudio y de *oraciones*, y no fueron menos de cincuenta conferencias las que entonces dicté. Me sentí al fin deshecho de fatiga, pero con una tan grande alegría en el corazón, que desde entonces pensé que siempre que se me pidiera un esfuerzo semejante, pondría toda mi voluntad para llevarlo a feliz termino.

Y el momento llegó. Ha llegado ahora. Dos años de trabajo intenso y silencioso dan derecho para volver a hablar. Por eso desde cuando comenzó nuestra famosa correría por el departamento de Bolívar hasta el día de hoy no ha habido respiro para el orador.

Las exposiciones en tono y estilo familiares del tipo de las que vengo haciendo mensualmente en el Gimnasio a los padres de familia, son muy de mi agrado. No así los discursos. El discurso tiene no sé qué de artificioso y amanerado que contraría mi íntima manera de ser. El hombre gordo o flaco, pálido o rubicundo, que encaramado en una tribuna hiere el espacio con su voz, abre desmesuradamente su boca y los ojos, y agita las manos, me da siempre la impresión de que prepara un escamoteo.

Pero como un discurso no puede contestarse con una conferencia, he seguido la ley del talión en la oratoria. Por fortuna todo en la vida es sugestivo. Así como un acróbata salta sobre el trapecio en movimiento, así mismo me toca saltar sobre las frases de los oradores. Prendido a ese trapecio hago mi pirueta fraseológica y... la fiesta continua. No obstante, esa gimnasia es fatigante y, cuando no se ha nacido para maromero, poco agradable. La conferencia, en cambio, sobre todo cuando es interrumpida por las interpelaciones de un auditorio interesado, es un juego lleno de variedad para el espíritu y siempre provechoso y sano.

No todo, claro está, ha sido pedagogía en nuestra interesantísima vi-

sita a Costa Rica. Hemos estado en el club—un club que ya quisiéramos tenerlo en Bogotá—; hemos ido de paseo a la Sabana—un bello campo deportivo que también nos quedará sobre medidas allá—; hemos visitado el maravilloso asilo de Chapuí, que después del de Lima es sin duda lo mejor de nuestra América Tiempo nos fué reservado para conocer alguna hacienda de café, y no nos han faltado minutos para departir cada día, en muy amena charla, con los gentiles compatriotas que se han radicado aquí. En nuestro ministro hemos tenido a un compañero excelente que nos ha colmado de atenciones, y con su familia hemos pasado ratos que para nosotros serán inolvidables.

La colonia colombiana es numerosísima en San José. Hace 25 o 30 años, en momentos aciagos para Colombia, muchos de nuestros compatriotas pasaron por acá. Pasaron y.. se quedaron. Les ocurrió lo que ha debido ocurrirles a todos los solteros que aquí llegan de las más diversas partes del mundo. Prueba esto la abundancia de apellidos extranjeros, y justifica el hecho el indecible encanto de la mujer costarricense. Después de todo, no faltarán quienes sigan haciéndose la ilusión de que somos los hombres los que decidimos sobre el destino de individuos y pueblos.

AGUSTÍN NIETO CABALLERO

(El Espectador, Bogotá)

La deplorable crisis de México

Una eximia educadora mexicana es la que acusa

México, D. F.
Octubre 31 de 1927.

Señor don Joaquín García Monge,
Repertorio Americano
Costa Rica.

Muy querido amigo:

Hace por lo menos dos semanas que he querido escribirle, contarle los horrores que hemos vivido desde el Verano de 1926, pero que han culminado en Octubre de 1927 con el desencadenamiento de todas las malas pasiones.

Desde que presenté el tema *Problema Colectivo* que me privó de mis clases, tuve la resolución de ir denunciando los vicios y las insinceridades de los hombres que en nombre de la Revolución han cometido los crímenes más abominables, los que se cometen por los bandidos constituídos en Gobierno de un pueblo.

Poco, casi nada nuevo tenemos que decir para juzgar las causas del imperio de la injustica y del crimen. Hay momentos en que la protesta humana es inútil ante la magnitud de los acontecimientos.

Dijo el antiguo Maestro de China que «El hombre de valor sin rectitud, no es más que un bandido.» Nosotros no podemos agregar sino que aquí abunda esa semilla de hombres valientes sin rectitud, con el agravante de que han tomado por asalto el papel de los Estadistas.

Hemos asistido a la consumación de asesinatos en forma cobarde y cruel, hemos presenciado traiciones sin cuento en que la monstruosidad ha llegado al grado de entregar por un puñado de oro al amigo de la infancia a quien se le daba el nombre de hermano.

Se ha desterrado a los mejores editorialistas porque han expresado su pensamiento, sin que se impida que los conceptos elevados que ellos virtieron sean repetidos como cosa propia por los funcionarios asesinos.

El General Obregón habla de Moral. Quiera Dios que un día ese vocablo sea comprendido por él, para que sea su conciencia el propio verdugo de los actos que caen sobre él más que sobre el Presidente Calles, que muchas veces se ha prestado a ser simple instrumento de quien no tiene ningún derecho para arrogarse funciones que no le corresponden.

En el orden político, como en el Gobierno tiene su partido y al servicio de él pone todos los recursos de la Nación, los ciudadanos no tienen ningún derecho, soportan los impuestos más injustos, están reducidos a la impotencia y amenazados de muerte si expresan su descontento, porque entonces se les considera «enemigos del Gobierno».

Se han dado casos en que junto con la orden de ejecución de alguno o de algunos hombres, recibe un funcionario subordinado la amenaza de que si renuncia a su puesto se le mandará a pasar por las armas como «enemigo del Gobierno».

La codicia y la concupiscencia se han apoderado de los que manejan la cosa pública.

Las ideas de nuestra mejor gente son tomadas para enriquecer el vocabulario de los que han hecho mercado de las palabras y cloaca inmunda de las acciones.

Es sabido que las virtudes o los vicios de los encumbrados tienen la virtud del viento y el pueblo es como la hierba. Se sanea o se corrompe según soplan buenos o malos vientos.

En el momento resulta estéril cualquier esfuerzo sincero. Ejemplo y sólo ejemplo de rectitud, austeridad en la vida, sobriedad en las costumbres de los más altos funcionarios es lo que se necesita para hacer fecunda la actividad de las gentes honestas.

Estamos colmados de malos vientos, los pueblos de habla española deben saber que esta crisis de México es como la de un enfermo que ocultando su mal ha llegado a provocar entusiasmo y deseo de ser imitado. Que la gente buena, sincera y recta, de cada país tome nuestros errores como una enseñanza para corregir los suyos, que nos vean con simpatía y que nos ayuden con su reprobación hacia los actos malos, sólo así aclararemos este ambiente que como una pesadilla cae sobre nosotros.

Usted está pendiente de todos los movimientos de estos pueblos que le son queridos, para los que trabaja constantemente con devoción. Lo sentimos como un Maestro a quien confiamos desesperanzas y también optimismos, porque sabemos que no sólo hallamos el consejo oportuno y generoso, las palabras de aliento y fuerza, sino porque *Repertorio Americano* nos recuerda a cada momento que hay muchos que sufren y batallan desde el destierro y entonces nos animamos nuevamente para continuar la lucha que nos haga dignos de acercarnos sin sonrojo hacia los buenos.

Costa Rica, que lo tiene a usted allí, merece tenerlo. Ese país pequeño por su extensión es el que contiene el pensamiento que en otras partes se ahoga, y pasea las voces que de otro modo no serían escuchadas.

Con el afecto y admiración de siempre, soy su amiga y segura servidora,

ELENA TORRES

Blanca Nieves y compañía

A la suma bondad de Teresa de la Parra, *debe el* Repertorio *el previlegio de ofrecer a sus numerosos lectores de América y de España el siguente capítulo de la novela inédita* Las Memorias de Mamá Blanca.

Damos, pues, una primicia, y una promesa, a un tiempo: la de otra gran novela hermana de Ifigenia. *¡Canten gloria las letras de nuestra America!*

Blanca Nieves, la tercera de las niñitas por orden de edad y de tamaño, tenía entonces cinco años, el cutis muy trigueño, los ojos oscuros, el pelo muy negro, las piernas quemadísimas del sol, los brazos más quemados aún, y tengo que confesarlo humildemente, sin merecer en absoluto semejante nombre, Blanca Nieves era yo.

Siendo inseparables mi nombre y yo, formábamos juntos a todas horas un disparate ambulante que sólo la costumbre con su gran tolerancia aceptaba indulgentemente sin hacer ironías fáciles ni pedir explicaciones. Como se verá mas adelante la culpa de tan flagrante disparate la tenía Mamá quién por temperamento de poeta despreciaba la realidad y la sometía sistematicamente a unas leyes arbitrarias y amables que de continuo le dictaba su fantasía. Pero la realidad no se sometía nunca. De ahí que Mamá sembrara a su paso con mano pródiga profusión de errores que tenían la doble propiedad de ser irremediables y de estar llenos de gracia. *Blanca Nieves* fue un error que a mis expensas, durante mucho tiempo, hizo reir sin maldad a todo el mundo. Violeta, la hermanita que me llevaba trece meses, era otro error de orden moral mucho mayor todavía. Pero eso lo contaré más adelante. Básteme decir por ahora, que en aquellos lejanos tiempos mis cinco hermanitas y yo estábamos colocadas muy ordenadamente en una suave escalerilla que subía desde los siete meses hasta los siete años, y que desde allí, firmes en nuestra escalera reinábamos sin orgullo sobre toda la Creación. Ésta, se hallaba entonces encerrada dentro de los límites de nuestra hacienda Piedra Azul, y no tenía evidentemente más objeto, que el de alojarnos en su seno y descubrir diariamente a nuestros ojos nuevas y nuevas sorpresas.

Desde el principio de los tiempos, junto a Mamá, presididas por Papá, especie de deidad ecuestre con polainas, espuelas, barba castaña y sombrero alón de jipijapa, vivíamos en Piedra Azul, cuyos fabulosos linderos ninguna de nosotras seis había traspasado nunca.

Además de Papá y de Mamá, había Evelyn, una mulata inglesa de la isla de Trinidad, quien nos bañaba, cosía nuestra ropa, nos regañaba en un español sin artículos y aparecia desde por la mañana muy arreglada con su corsé, su blusa planchada, su delantal, y su cinturón de cuero. Dentro de su corsé, bajo su rebelde pelo lanudo, algo reluciente y lo más liso posible, Evelyn exhalaba a todas horas, orden, simetría, don de mando, y un tímido olor a aceite de coco. Sus pasos iban siempre escoltado, o precedidos por unos suaves chss, sshss, chss, que proclamaban en todos lados su amor al almidón y su espíritu positivista adherido continuamente a la realidad como la ostra está adherida a la concha. Por oposición de caracteres, Mamá admiraba a Evelyn. Cuando esta se alejaba dentro de su aura sonora, con una o con dos de nosotras cogidas de la mano, era bastante frecuente el que Mamá levantara los ojos al cielo y exclamara dulce e intensamente en tono de patética acción de gracias y cantando muchísimo las palabras cosa que era en ella forma invariable de expresar sus pensamientos:

—¡Evelyn es mi tranquilidad! ¡Qué sería de mí sin ella!

Según supe muchos años después. Evelyn, "mi tranquilidad", se había trasladado desde Trinidad hasta Piedra Azul, con el objeto único y exclusivo de que las niñitas aprendieran inglés. Pero nosotras ignorábamos semejante detalle, por la sencilla razón de que en aquella época a pesar de la propia Evelyn no teníamos aún la más ligera sospecha de que existiese el inglés, cosa que a todas luces era una complicación innecesaria. En cambio por espíritu de justicia y de compensación cuando Evelyn decía indignada:

—Ya te ensuciaste vestido limpio, terca, por sentarte en suelo.

Nosotras no le exigíamos para nada los artículos los cuales al fin y al cabo tampoco eran indispensables.

Al lado de Evelyn, formando a sus órdenes un especie de estado mayor había tres cargadoras, que la asistían en lo de bañarnos, vestirnos, y acostarnos y se reemplazaban tan a menudo en la casa que hoy sólo conservo mezclados y vaguísimos recuerdos de aquellos rostros negros y de aquellos nombres tan familiares como inusitados: Hermenegilda.... Eufemia .... Pastora.... Armanda... Independientes del estado mayor había las dos sirvientas de adentro: Altagracia que servía la mesa, y Jesusita, que tendía las camas y "le andaba en la cabeza" a Mamá durante horas enteras, mientras ella, con su lindo y ondulado pelo suelto, se mecía y se mecía en la hamaca.

En la cocina, con medio saco viejo prendido en la cintura a guisa de delantal y un latón oxidado en la mano a guisa de soplador, siempre de mal humor, había Candelaria de quien Papá decía frecuentemente saboreando una hallaca o una taza de café negro: "De aquí se puede ir todo el mundo menos Candelaria". Razón por la cual los años pasaban, los acontecimientos se sucedían y Candelaria continuaba impertérrita con su saco y su latón, transportando de la piedra de moler al colador del café, entre violencias y cacerolas, aquella alma suya eternamente furibunda.

Por fin más allá de la casa y de la cocina había el mayordomo, los medianeros, los peones, el trapiche, las vacas, los becerritos, los mangos, el río, las mariposas, los horribles sapos, las espantosas culebras semilegendarias y muchas cosas más que sería largo de enumerar aquí.

Como he dicho ya nosotras seis ocupábamos en escalera y sin discu-

sión niguna el centro de ese Cosmos. Sabíamos muy bien que empezando por Papá y Mamá hasta llegar a las culebras después de haber pasado por Evelyn y Candelaria, todos, absolutamente todos, eran a nuestro lado seres y cosas muy secundarias creadas unicamente para servirnos. Lo sabíamos las seis con entera certeza y lo sabíamos con magnanimidad sin envanecimiento ninguno. Esto provenía quizas de que nuestros conocimientos siendo muy claros y muy arraigados estaban limitados a nuestros sentidos sin que jamás se aventuraran a traspasar por soberbia o ambición las fronteras de lo indispensable. ¡Tan cierto es que los conocimientos vanos crean los deseos vanos y crean las almas vanas! Nosotras al igual de los animales carecíamos amablemente de unos y de otros.

Nuestra situción social en aquellos tiempos primitivos era pues muy semejante a la de Adán y Eva cuando Señores absolutos del mundo, salieron inocentes y desnudos de entre las manos de Dios. Sólo que nosotras seis teníamos varias ventajas sobre ellos dos. Una de esas ventajas consistía en tener a Mamá, quien, dicho sea imparcialmente, con sus veinticuatro años, sus seis niñitas y sus batas llenas de volantes era un encanto. Otra ventaja no menos agradable era la de desobedecer impunemente comiéndonos a escondidas mientras Evelyn almorzaba, el mayor número posible de guayabas sin que Dios nos arrojara del Paraíso cubriéndonos de castigos y de maldiciones. El pobre Papá sin merecerlo ni sospecharlo, asumía a nuestros ojos, el papel ingratísimo de Dios. Nunca nos reprendía. Sin embargo por instinto religioso, rendíamos a su autoridad suprema el tributo de un terror misterioso impregnado de misticismo.

Por ejemplo: Si Papá estaba encerrado en su escritorio, y nosotras las cinco que sabíamos andar ignorando este detalle, nos sentábamos en el pretil contiguo a aquel sancta-sanctorum y allí en hilera, levantando a una vez todas las piernas gritábamos en coro: "Riqui-riqui-riqui-ran los maderos de San Juan..." una voz poderosa y bien timbrada, la voz de Papá surgía inesperadamente de entre los arcanos del escritorio:

—¡Qué callen a esas niñas! ¡Que las pongan a jugar en otra parte!

Enmudecidas como por ensalmo, nos quedábamos durante unos segundos inmóviles, con los ojos espantados y una mano extendida en la boca, hasta salir por fin todas juntas en carrera desenfrenada hacia el extremo opuesto del corredor, como ratones que hubiesen oído el maullido de un gato.

Por el contrario: Otras veces nos subíamos en el columpio que atado a un árbol de pomas rosas tendía sus cuatro cables frente a aquel ameno rincón del corredor donde entre palmas y columnas se reunían la hamaca, el mecedor, y el costurero de Mamá. De pié todas juntas en nuestro columpio, agarrándonos a su cuerdas o agarrándonos unas otras nos mecíamos lo más fuertemente posible, saludando al mismo tiempo la hazaña con voces y gritos de miedo. Al punto, esponjadísima dentro de su bata blanca, cuajadas de volantes y encajitos como se usaba entonces y como ella sabía exagerar tan gentilmente, asistida por Jesusita, con el pelo derramándose en cascadas y con la última novela de Dumas padre en la mano, del seno de la hamaca surgía Mamá:

—¡Niñitas, por amor de Dios, no sean tan desobedientes! ¡Bájense dos o tres por lo menos de ese trapecio ¡Miren que no puede con tantas y que se van a caer las más chiquitas! ¡Bájense por Dios, háganme el favor, bájense ya! ¡No me molesten más! ¡No me mortifiquen!

Nosotras, arrulladas por tan suaves cadencias y prolongados calderones, tal cual si fueran las notas de un cantar de cuna, seguíamos marcando a su compás nuestro vaivén: "arriba... abajo... arriba... abajo..." y encantadas desde las cumbres de nuestro columpio y de nuestra desobediencia enviábamos a Mamá durante un rato besos y sonrisas de amor, hasta que al fin, atraída por los gritos, llegaba Evelyn y: chss, chss, chss, se acercaba al columpio, lo detenía y así como se arrancan las uvas de un racimo maduro nos arrancaba una a una de sus cuerdas y nos ponía en el suelo.

Cuando Mamá se iba a Caracas en una calesa de dos caballos—acontecimiento desgarrador que ocurría por lo regular cada quince o dieciseis meses.—para regresar al cabo de tres semanas de ausencia tan delgada como se había antes y con una niñita nueva en la calesa de vuelta, tal cual si en realidad la hubiera comprado al pasar por una tienda; cuando Mamá se iba, digo, durante aquel tristísimo interregno de tres y hasta más semanas, la vida, bajo la dictadura militar de Evelyn, era una cosa desabridísima sin amenidad ninguna, toda llena de huecos negros y lóbregos como sepulcros.

Pero cuando en las mañanas a eso de las nueve, llegaba el muchacho de la caballeriza, conduciendo a Caramelo, el caballo de Papá, y éste, a lo lejos, sentado en una silla con una pierna cruzada sobre la otra se calzaba las espuelas, nosotras nos participábamos alegremente la noticia:

—¡Ya se va! !Ya se va! ¡Ya podemos hacer riqui-riqui en el pretil!

Decididamente entre Papá y nosotras existía latente una mala inteligencia que se prolongaba por tiempo indefinido. En realidad no solíamos desobedecerle sino una sola vez en la vida. Pero aquella sola vez bastaba para desunirnos sin escenas ni violencias durante muchos años. La gran desobediencia tenía lugar el día de nuestro nacimiento. Desde antes de casarse Papá había declarado solemnemente:

—Quiero tener un hijo varón y quiero que se llame como yo: Juan Manuel.

Pero en lugar de Juan Manuel, destilando poesía, habían ido llegando en hilera las más dulces manifestaciones de la naturaleza: *Aurora; Violeta; Blaca Nieves; Estrella; Rosalinda; Aura Flor.* Y como Papá no era poeta ni tenía mal carácter, aguan-

taba aquella innundación florida con una conformidad tan magnánima y con una generosidad tan humillada, que desde el primer momento, nos hería con ellas en lo más vivo de nuestro amor propio y era irremisible: el desacuerdo quedaba establecido para siempre.

¡Sí, mi señor Don Juan Manuel! Tu perdón silencioso era una gran ofensa y para llegar a un acuerdo entre tus seis niñitas y tú, hubiera sido mil veces mejor el que de tiempo en tiempo les manifestaras tu descontento con palabras y con actitudes violentas. Aquella resignación tuya era como un árbol inmenso que hubieras derrumbado por sobre los senderos de nuestro corazón. Por eso no te quejes si mientras te alejabas bajo el sol hasta perderte allá entre las verdes lontananzas del corte de caña, tu silueta lejana, caracoleando en el Caramelo, coronada por el sombrero alón de jipijapa, vista desde el pretil, no venía a ser más sensible a nuestras almas que la de aquel Bolívar militar, quien a caballo también, caracoleando como tú sobre la puerta cerrada de tu escritorio, desde el centro de su marco de caoba y bajo el brillo de su espada desnuda, dirigía con arrogancia todo el día, la batalla gloriosa de Carabobo!

Espero que ninguno de ustedes se haya reído al escuchar la lista de nuestros nombres, lista incompleta, puesto que en el momento histórico a que me refiero no se había terminado todavía. Reirse de nuestros nombres por muy risibles que sean indicaría poco espíritu de adaptación. Es cierto que a nosotras casi nunca nos quedaron buenos, pero en cambio a Mamá nacida por el año 1831 le quedaban todos admirablemente. Al bautizarnos se adornaba con ellos lo mismo que si fueran encajes o lazos de cinta y se contemplaba después a cada rato llena de satisfacción. Porque Mamá era bonita, Mamá era presumidísima y con permiso de ustedes señores clásicos, simbolistas o futuristas, Mamá era una romántica avanzada de la más pura estirpe. Le encantaban las flores artificiales, el terciopelo aunque hubiera calor, el crujido de la seda, y cualquier libro prosa o verso en donde las metáforas se ahuecaran unas tras otras muy ordenadamente como se ahuecan los borreguitos de nube, en los cielos azules del verano. Casi lloraba de nostalgia y de melancolía al recitar aquello de:

Cuanto amor Adela mía
Aquí un día
Me juraste y te juré...

Mamá tenía el alma llena de cursilerías deliciosas. Eran ellas su principal encanto. Transparentes como el agua; como frutas maduras se ofrecían cándidamente al alcance de la mano. Por eso más que por nada diferían de las cursilerías futuristas, verbi gracia, que se encierran con llave soberbia y cobardemente, dentro de las fortalezas inexpugnables de un esoterismo pedregoso y allí, sin que nadie vaya nunca a decirles buenos días, se mueren solas de orgullo y de inanición.

Mamá era pues una romántica sin cobardía y sin saberlo. De obedecer a mi natural impulso, mirándola pasar allá por el lejano país de mis recuerdos, con su bata blanca, su abanico de paja, y sus lazos azules o rosados no diría de ningún modo que ella trató nunca de imitar a los Románticos; afirmaría por el contrario que los Románticos trataron siempre de imitarla a ella. Yo creo que como el tabaco, la piña y la caña de azúcar, el romanticismo fué una fruta indígena, que creció dulce, espontánea y escondida, entre las languideces coloniales y las indolencias del trópico hasta fines del siglo XVIII. Hacia esa época, Josefina Beauharnais, sin sospecharlo, tal cual si fuera un microbio ideal, se lo llevó enredado en los encajes de una de sus cofias, contagió así a Napoleón en aquella for-

ma aguda que todos conocemos y poco a poco las tropas del primer imperio, secundadas por Chateaubriand propagaron la epidemia a todas partes. Digan lo que quieran, burlénse o no, yo aseguro que Mamá y Napoleón se parecieron mucho. ¿Hay algo si nó más semejante al afán inmoderado conque Napoleón iba sentando a sus hermanos uno a uno en los encumbrados tronos de Europa, que aquel otro afán inmoderado también, con que Mamá una a una, iba sentando a sus diversas niñitas en las más afamadas obras de la Creación? ¿Ser Aurora, Estrella o Aura Flor, no equivale mil veces desde cierto punto de vista a ser rey de España, de Nápoles o de Holanda? Sólo que Mamá emprendía la conquista de sus tronos sin arreos militares y sin sacrificios de vidas. Se iba como he dicho ya caminando muy poco a poco en una calesa de dos caballos, con su crinolina de tafetán, su manteleta de muselina, y su capotica llena de cerezas que ataba bajo la barba con un gran lazo de cinta. Al arrancar el coche sacaba una mano que tenía un mitón de seda y pronunciaba así su única arenga:

—¡Adiós, mis amores! ¡Adiós, mis linduritas! ¡Obedezcan mucho! ¡Pórtense todas muy bien, que yo vuelvo a la tarde y les traeré caramelos!

¡Ah! su obra de paz había de ser mucho más duradera, y nuestros reinados que nunca fueron frutos de la usurpación iban a dilatarse dulcemente, ignorados y felices a lo largo de nuestras diversas existencias!

Teresa de la Parra

Hotel Vernet
28 Rue Vernet. París.

Un santo laico

y II

(*Vease la entrega anterior*)

María...

1.—A veces pensé que era demasiado lo que María me hiciera; mas, todos decían: "¡Ella lo hace con tanto gusto!" Es que ella era el emblema, más que del deber, del amor del deber, hasta el sacrificio. Nada la distraía de ese su sacerdocio, costase lo que costase. Y parecía, así mismo, que nada le costaba, tanto era el divino gusto de su sacrificio.

2.—Todo cuanto publiqué en el exilio pasaba principalmente por sus manos, era por ella leído y descifrado en el borrador, y luego copiado con su bella letra para ir a la imprenta. ¡Cuántas veces, dos y tres copias! Y todo lo hacía, no sólo diligentemente, presurosamente, con la unción religiosa de ser mi colaboradora, de ayudarme, y de servir conmigo, a la República.

3.—¿Qué fué lo que la sacudió y le abatió la resistencia diamantina, que con un organismo tan delicado le permitía ser la infatigable enfermera de todos, sin pensar nunca en que pudiera adolecer también? (¡Recelábalo tanto!) No sé...

Hubo un día en que ella se asustó horriblemente. La inmovilidad de una atmósfera de incendio entrecortada apenas de rachas ardientes, como llamas, era asfixiante. En una tregua de menos calor salí de la casa que habitábamos en Hendaya, con *la Gigi, la Elcira, el Narciso*, que quería que le comprara una *raquette* de *tennis*. Allá en la villa nos cogió, de súbito, una tempestad de lluvia y granizo, que rompió en un torbellino pavoroso.

¿Qué pasaría en casa? Supímoslo bien pronto. El violento ciclón tirara furiosamente, y de golpe, las ventanas, y todas, atónitas corrían, procurándose, sin verse, porque la fuerza del vendabal no las dejaba abrir las puertas de comunicación interior. ¡Qué momento para madre e hijas! Las pequeñas amedrentadas gritaban... ¡Y sin mí! No sabiendo tampoco lo que nos habría acontecido...

La pobre María, que, como la madre, sufriera siempre por todos, venía aún muy pálida, cuando, de vuelta, las encontramos en el camino, viniendo apresuradamente hacia nosotros. Mas, viéndonos bien, ella quiso luego, como si nada la hubiese quebrantado, seguir conmigo hasta la villa a donde retornábamos a buscar unos objetos olvidados.

La sacudida, con todo, había sido brutal. Desde entonces quedóle como una rescaldadura del terror de aquel día, una impresionabilidad inquieta que no conseguía ocultar a los ojos preocupados de la madre, desalentando de mi próximo regreso a Portugal, con el sobresalto de morir antes...

4.—María dice en confidencia a su buena enfermera María Augusta "¡Muero del exilio de papá!" (¡Dióme su vida y quedó sin ella!)

¡Tanto quería ser enfermera de la guerra! Mas los médicos no la encontraron con fuerzas suficientes. Y tenían razón. Lo fué a mi lado y su sacrificio victimóla.

5.—María, que poseyera un inmenso corazón, cuando vino a necesitar de él para sí, lo tenía consumido tanto de verme expatriado, que no pudo resistir al brusco asalto y violento golpe de la enfermedad.

6.—Le pedí que hiciera por adormecerse y mandando apagar la luz salí del cuarto. ¡Cómo estaba aún ilusionado! Mas ella que sentía aproximarse la muerte quiso que la enfermera le fuese a buscar su cofre, y recomendóle: "¡Yo voy a morir! No llame a papá para que él descanse un poco. Guarde estas joyas que son para que *la mamá* las reparta con mis hermanas..." y mirando aún entonces por mí, con el pensamiento en todos los suyos, entró en la agonía.

7.—Las avecitas del cielo la procuraban. Y ella, tal vez, en medio de su paroxismo, pudo escuchar el trino lleno de ternura de la que viniera a posar en el plátano de al pie de su cuarto, llamándola suspirosamente hacia la vida... ¡Fué el gorgeo que la despidió!

8.—La agonía asfixiante de la muerte no le apagó el sonreir angelical que siempre le dorara el rostro en vida. Sonrisa tutelar de candidez y de bondad en que se veía a través de la pureza de su amor toda la austeridad de su virtud...

9.—¿Mi hija? ¿María inerte, inanimada, muerta para siempre...? ¡Ay! no puede ser. Yo estoy también febril, y esto no pasa de ser una terrible alucinación de mi sangre encendida...

El absurdo, la brutalidad, la atrocidad de esta muerte, asombra y estupifica...!

10.—Atento el mirar y el oído, la llamo y abro los brazos en su espera. ¿Dónde está? En balde la procuro fuera de mí. Mas, ella no fué, no, un sueño, una creación sobrenatural de nuestro espíritu sediento de bondad celeste. Fué la propia encarnación del bien sobre la tierra. ¡Y muerta...!

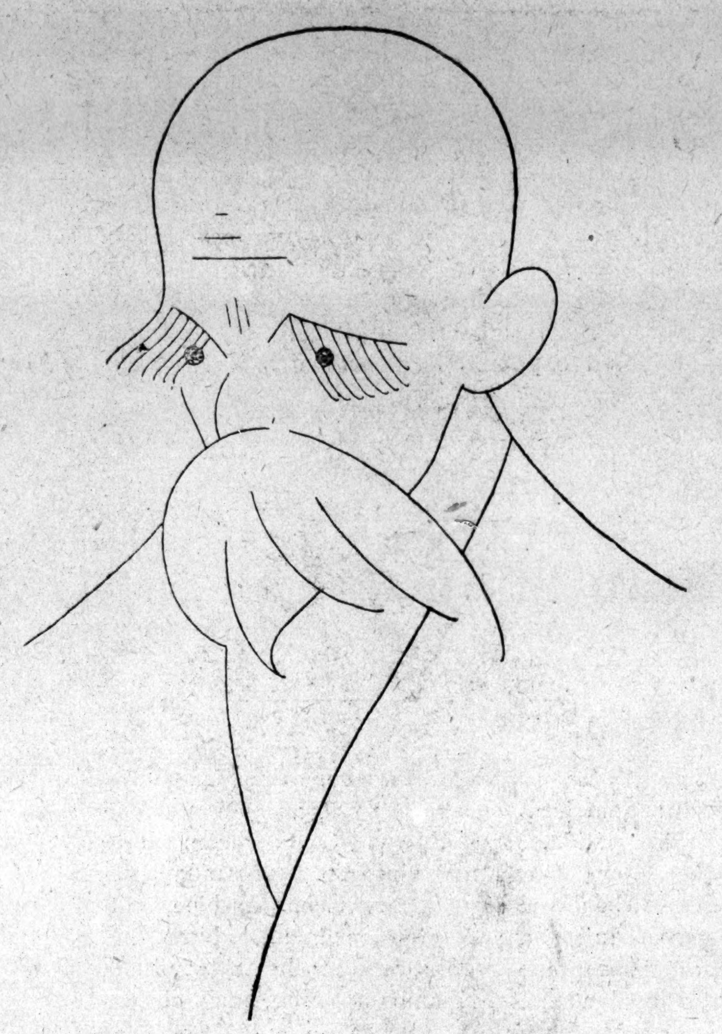
11.—¡María! La mártir de mi destierro, no tener a su cabecera en los últimos momentos (ella que tanto los quería) a la madre y a los hermanos, que aquí estaban enfermos también... y los otros hermanos allá... lejos... ¡No poder yo tampoco, tenerlos a mi lado en ese trance! Y no estar junto a ella... ¡Tan solos!

12.—Cierro los ojos para no ver la trágica realidad; mas, su atroz evidencia me persigue implacablemente.

13.—¡Qué revuelto mar! ¡Qué desabrida tierra! La naturaleza arde toda en fiebre. Y mi cabeza enloquece. Lo veo todo arder en mi derredor... Y de cabellos esparcidos, caída en el suelo, pidiendo, a voces, socorro, veo a María arrebatada vorazmente por el torbellino infernal. Y a mi vértigo, siento que la tierra se abre también para mí.

14.—¿Cómo fué que las fuerzas destructivas de la vida tocaron su cuerpo tan espiritual, que se diría inseparable de la misma, inaccesible como su virtud, a los golpes brutales del mal?

(*Pasa a la pág. 301*)



Forjador de almas

=De *Alfar*. La Coruña=

APROVECHANDO un breve descanso en la fervorosa oleada de agasajos, tributados por el pueblo coruñés, a una tan esclarecida personalidad de la vecina nación portuguesa, nos decidimos a procurarnos el vivo placer de una entrevista.

En el confortable vestíbulo del hotel, arregazado en suave penumbra, su prócer figura acentúa la nota de señoril distinción. El Doctor Machado hojea revistas y periódicos extranjeros, ante un velador de caoba y cristal, y escribe, con nerviosa rapidez, calados sus quevedos de concha, breves notas en un cuaderno de apuntes.

Al vernos llegar, el Dr. Machado, se levanta, cortés y afable, y nos tiende, cordialmente, sus manos. Tras un breve cumplido, nos sentamos. A poco de cambiarse las primeras efusivas palabras, le recordamos su parecido fisonómico con Giner de los Ríos—fino y atezado rostro, ojos negros, vivos, resplandecientes de inteligencia, corva nariz semita, barba puntiaguda y canosa.

—Traté muy íntimamente a D. Francisco—nos dice—, era un gran corazón y una esclarecida inteligencia, puestos al servicio del docentismo español, cuya renovación y moderno sentido orientador, a él se deben. A seguida habla, con emocionado recuerdo, de Manuel B. Cossío y Ricardo Rubio, tan compenetrados con Giner de los Ríos en la labor realizada por la Institución Libre de Enseñanza, y de sus hijos espirituales, que continuaron en la política y en la enseñanza la gran obra reformadora iniciada por D. Francisco.

. . . .

Evocados por su mente pasan, rápidamente iluminados por la fulguración precisa de su palabra, las figuras de la España apasionada e idealista de las postrimerías del siglo XIX. Valera, Castelar—a quienes conoció en Lisboa—, Salmerón, Emilia Pardo Bazán. La recortada elegancia de su verbo, tajante, concentrado en hondo vigor polémico, preñado de enseñanzas, hace un fino y agudo comentario, resaltando certeros perfiles de la señera proceridad de los hombres por él evocados.

Tras de una mutación rápida, desviamos—por devota admiración a la nación hermana—la encendida charla, haciéndola correr por el hondo cauce de la literatura portuguesa. La vasta y profunda cultura del Dr. Machado, no ha de defraudarnos, recordando los años, para él tan brillantemente consagrados a la enseñanza, en la gloriosa Universidad de Coimbra.

Renovamos nuestra devoción por el altísimo poeta de *Os Simples*. Guerra Junqueiro—nos contesta—fué compañero mío de estudios en Coimbra. Perteneció conmigo, con Gonçalves Crespo y João Peña a la generación que sucedió a la llamada "escuela de Coimbra" —cuyo guión espiritual fué el gran poeta Anthero de Quental—en la época de las renovaciones políticas y literarias portuguesas. Guerra Junqueiro es el poeta civil de Portugal —de análoga significación poética a Hugo y Carducci—que persiguió—fustigando con el flagelo implacable de su encendida estrofa toda lacería social—un elevado ideal de verdad y justicia. Después, su íntima comunión con el sentido popular, le determinó a escribir esa cristalina maravilla de *Os Simples*, decálogo de amor y fervor patrio de todo corazón portugués.

La tendencia ideológica de Guerra Junqueiro y Eça de Queiroz siguen paralelos rumbos literarios. Guerra Junqueiro en *A Velhice do Padre Eterno*, fustiga, airadamente, el credo gazmoño y retrógrado de un clericalismo enquistado de impotencia. Eça de Queiroz, persigue gemela intención en su novela *O Crimen do Padre Amaro*.

Junqueiro, en *A Morte de Don João*, flagela la procaz intrusión del donjuanismo en el cancerado seno de la burguesía portuguesa. Eça de Queiroz va animado en *O Primo Basilio*, de parecida ideología.

Guerra Junqueiro, en *A Patria*, y Eça de Queiroz en *A Ilustre Casa de Ramirez*, abren profunda brecha en el tradicional conservadurismo de una política decadente, cerrada a toda corriente de sana modernidad y renovación.

Los tres vicios fundamentales de la enranciada sociedad portuguesa, son los que combaten, denodadamente, ambos autores, tendiendo a un más puro y noble sentido de la vida. Por encima de las vibrantes estrofas del poeta y de la repujada belleza estilística del novelista, fluye la misma vigorosa tendencia de renovación social.

Guerra Junqueiro, en *Os Simples* y Eça de Queiroz, en *A Cibdade e as Serras*, retornan al ruralismo y al sentido ingenuo y popular, soñando una vida más empurecida, serena y bella. Ambos, fustigando la corrompida y estólida burguesía, preparan el advenimiento político de la democracia.

. . . .

—¿Y Anthero de Quental—torno a preguntarle—no fomentó con sus versos renovación social alguna?

—Anthero de Quental—me replica—es todo apasionado y grandioso subjetivismo. Así como Eça y Junqueiro, fueron claro ejemplo de objetivismo ardiente y comprensivo.

Los *Sonetos* de Anthero de Quental, son extáticos estados de alma. Sus cinceladas estrofas hablan—expresadas en la más pulcra belleza formal—el lenguaje ideal de la más alta y ensoñadora filosofía.

Viva antítesis del emocionado lirismo popular de João de Deus—decimos—, y sin embargo—insinuamos—afines por la misma determinante subjetiva.

Exactamente—replica—João de Deus, exalta—como más tarde habrá de hacerlo Junqueiro—todo el ingenuo fervor y la pura gracia popular, irisada por una moderna y vagorosa espiritualidad. Es el poeta del amor. El poeta que une en su verso el canto lírico de las formas populares, junto a las elegancias cortesanas renacentistas, que se emparejan con los sonetos amorosos de Camoens. Su soneto titulado *A Vida* es uno de los más bellos de la lírica portuguesa. ¿Lo recuerda? Aquel que principia...

Foi-se-me pouco a pouco amortecendo
A luz que n'esta vida me guiava,
Olhos fitos na qual até contava
ir os degrãos do tumulo descendo.

Los ojos vivos y penetrantes del estadista-poeta — escribió un bello libro, cuajado de fervoroso lirismo, para las "creancas portuguesas" — fulguran, mientras recita, acariciados por la lenta y dulce armonía de los versos. Su recia y noble cabeza—que el estudio ha es-

(*Pasa a la pág.* [illegible])



Elogio de Maquiavelo

(21 de junio de 1527)

La característica social del genio es una terrible paradoja, en cuya virtud lo desconocen sus contemporáneos, porque pertenece a una generación venidera con la cual no ha de vivir. Inexorablemente aislado por la inmortalidad con que, en su tiempo, es ya póstumo, y que en el tiempo futuro tampoco disfrutará, por estar ya muerto, la luz del sol que con la altura se le anticipa, pónelo en evidencia insultante para los buhos que hallándose aún en tinieblas, gritan enfurecidos ante ese escándalo de claridad. Así la índole opuesta del águila le resalta en la cuádruple condición de la soledad y la intrepidez, la elevación y la tristeza.

Comprender antes que los demás, es una trágica desventura. Condena a reclusión perpetua en ese apartamiento dentro de sí, que es como llevar el calabozo consigo. Toda frente que se desmesura ofrece un blanco que las pedradas no han de perdonar hasta no abatirla. Entonces, para mayor sarcasmo, suele resultarle eminencia monumental el propio montón de las piedras que le tiraron. La potencia genial, síntesis divisoria de la historia pasada y de la venidera, abre así las alas simultáneas en la noche y la aurora. ¡Qué ocasión para las saetas en desuso! Demasiado maduro para su generación, el genio es, al propio tiempo, el embrión luminoso de la futura. Así resulta un fracaso actual, salvo que ejerza la profesión de las armas; pues de tal modo es ella superior, que sólo mediante su dignidad logra el genio realización contemporánea. La hora de la espada es también la del genio, porque es la hora de los hombres del destino. Dijérase que el éxito genial requiere como la gloria, o por ser esto mismo, acaso, la colaboración de la muerte. ¿No ocurre lo propio con el Amor, hermano de lo inexorable?. ¿Y qué obra del genio no es también obra de amor?

Nada revela, pues, como él, la jerarquía originaria y, con ello, fatal de la especie. Nacemos desiguales, lo que es decir, tratándose de un animal de combate como el hombre, predestinados a la dominación o al servicio. Ley de vida es ley de fuerza. Los sistemas ideados por la generosa ilusión de eludirla, subordinándola a un criterio de igualdad ante entidades teológicas o jurídicas, resultan creaciones verbales. Consuelan con la esperanza, y ello es un mérito, a fe, pero no remedian. Su acción negativa consiste siempre en prohibir a los fuertes lo que éstos pueden permitirse por cuenta propia, para asegurar a los débiles un derecho de vivir que la propia vida les niega. Ello estriba, a su vez, en un excesivo crédito a la inteligencia. Al sentirse dueño de esta facultad especialmente humana, el hombre creyó que su capacidad de razonar la vida aparejaba el poder de someterla a la razón. Era la pretensión de embarcar el mar en la chalupa que lo navega. Así atribuyó a la vida determinaciones cuya falacia no tardó en comprobar él mismo, al rectificar de acuerdo con el aumento de su propia experiencia, su apreciación de aquel fenómeno. Adoptó entonces por fundamento la afirmación absurda (dogma) que resultaba, como tal, inexpugnable al raciocinio, suponiendo que su capacidad de creer comportaba el dominio de la realidad. Así nacieron los conceptos de la verdad revelada, o de fe, y de la verdad demostrada, o de razón, que unas veces conciliáronse y otras no, pero que son meras satisfacciones intelectuales. La Verdad constituye una entidad metafísica, o sea una ideación humana correspondiente a diversos estados de información humana, también, que denominamos cultura; y por esto hubo y habrá siempre muchas religiones y muchas filosofías. Todas ellas formulan, a su vez, la conformidad de los individuos que las adoptan o profesan, y determinan relativamente su conducta, deviniendo, así, fuerzas sociales de distinta importancia; pero subordinadas, como todo lo humano, al instinto de dominación, característico de las especies belicosas, procuran determinar, asimismo, la conducta de la sociedad nacional y humana, inspirando el proselitismo ecuménico, desde el apostolado hasta la conquista, o

ambas cosas asociadas por el éxito.

Así se efectúan los ensayos de organización de las agrupaciones preexistentes, que llamamos sistemas de gobierno, y que son tanto mejores, cuanto más de acuerdo se hallan con la formación de dichos grupos, resultante, a su vez, del instinto de dominación, en cuya virtud se congregan aquéllos para adjudicarse la posesión de un territorio y mantenerla contra los que quieren o quisieren disputársela: por donde la patria viene a resultar una expresión de victoria. La patria es, pues, originaria y esencialmente, un fenómeno de historia natural, concerniente al proceso biológico de instalación de las especies. Ajeno, así, a toda noción moral, preexiste, subsiste y predomina sobre todo el sistema ético, racional o político. El bien es para ella su provecho y el mal su perjuicio. Y de esta suerte, todo concepto del bien que le resulte perjudicial, podrá ser una verdad religiosa, filosófica o política, pero constituye un acto de traición. Las abstracciones del bien y el mal, ella las concreta en el derecho que sanciona para su exclusiva conveniencia; y por esto se reserva la facultad de suspender y de modificar en su provecho las garantías personales que contiene aquél, dado que todas ellas son concesiones de su soberanía. Para que ésta exista, no puede haber, en efecto, nada que le sea superior o que no pueda ella someter a su arbitrio. Toda disención personal con la patria es delito, siempre que apareje efectividad; porque «la mera intención no delinque». La potestad de imponer la patria su voluntad a quien quiera y donde quiera, no tiene más límite que el de su fuerza para hacerlo. El concepto de potencia, que es la expresión dinámica de la soberanía, condiciona, pues, el derecho: realidad tan irrefragable, que por ella definen su legitimidad el imperio militar y la democracia mayoritaria.

Esta política realista es producto de las civilizaciones completas que han llegado a la especialización mediante la experiencia, y al dominio consolidado por el tiempo y por la victoria. Así Roma en la antigüedad, o sea la más completa síntesis de poderío que conozcamos. Aquella Patria sobre la cual nada había, ni la misma divinidad, puesto que era una deidad a su vez: la Diosa-Roma.

Desintegrada por los bárbaros, la Edad Media fué, políticamente hablando, un confuso tanteo para rehacerla dentro de su anarquía; es decir sobre el error de subordinar la política a la moral individualista del cristianismo, cuya aplicación niega de suyo la supremacía de la Patria. Así desde los primeros mártires que como San Sebastián, capitán de legión, violaban su juramento militar ante el enemigo, en nombre de dicha moral, o le abrían las fronteras por simpatía correligionaria, hasta los revolucionarios franceses con sus derechos del hombre y los comentaristas americanos con su doctrina de la incompatibilidad esencial entre la libertad y el Estado. Pues la ideología liberal, socialismo inclusive, entronca en la ética cristiana. Sólo había una restauración posible, y era la teocracia que el papado intentó realizar y que tuvo su momento de auge en la síntesis católica del Renacimiento; pero resultó incompatible con el espíritu occidental, y la anarquía originaria la desbarató con el triunfo de la Reforma.

Este fué, a su vez, el momento de Maquiavelo. La síntesis política del Renacimiento se hizo en él con el resumen de la Roma pagana y la fórmula profética de la reorganización gubernativa a que asistimos, y que hace de él, en la inmortalidad, un contemporáneo de Mussolini. Renacer, significaba, en efecto, volver a Roma. Pero comportaba, también, la negación de la Edad Media.

La torpe síntesis medioeval había consistido en la adecuación trascendente de la Naturaleza y de la Historia al plan divino de la Biblia. La ley de Dios determinaba todas las naturales y humanas, con el fin de establecer el reino de Dios sobre la tierra. Esta aspiración a la unidad absoluta, engendró el absolutismo de la monarquía universal y la moral del renunciamiento absoluto. Pero mientras aquello nunca sucedió, ni esto otro llegó a lograrse sino una vez, en el sublime caso de San Francisco de Asís, la realidad contrariada había reaccionado con implacable sanción sobre la metafísica trascendente. La quimera del divino reinado costaba a la humanidad mil años y más de horrenda barbarie. Las dos primeras cruzadas, tan sólo, fueron más mortíferas que todas las guerras juntas del Imperio Romano, con no llegar entonces la población europea a la mitad de lo que contó bajo aquél. La Inquisición mató diez veces más cristianos que las famosas persecuciones paganas. Y el retorno a la antigüedad fué una consecuencia de ese tremendo desengaño. Arte, ciencia y filosofía, aspiraron, inspirándose en él, hacia aquel estado superior de civilización y de conciencia. La obra más importante de Maquiavelo, en el análisis y reorganización de la política cuyo catecismo es el *Príncipe*, fué su comentario de Tito Livio: empresa renacentista, si las hay. Pero dicha reorganización comprendió también la realidad viviente, constituída entonces por hechos tan importantes como la transformación definitiva de España y Francia en naciones, y la aplicación de la política papal con el positivo oportunismo en que consistía su continuidad orgánica, desde la crisis de las investiduras hasta la represión de los *fraticelli*. Si la Reforma no impone a la defensiva

Billo responde al llamado de Carmen Lyra

San José, 14 de Noviembre de 1927

Señor Don
Joaquín García Monge.
S. M.

Mi estimado amigo:

Respondo al llamado de Carmen Lyra que acogió su interesante *Repertorio*.

Sin haber podido todavía comprender con exactitud el plan latinoamericanista de Haya de la Torre, al parecer saturado de los propósitos excesivos a que ahora se entrga la fantasía proletaria en el mundo, y aún bajo la desconfianza que a vueltas de muchos desencantos me inspiran ya todos esos deportes espirituales inofensivos de gentes que sueñan frente a pueblos que marchan, creo útil difundir cuanto se pueda las ideas de aquel trabajador a fin de discutirlas y comprenderlas para lograr la posibilidad de un juicio acerca de ellas.

Sobre todo, me interesa el gesto de la noble escritora que poniéndose al margen de nuestra lírica rutina, declara que es preciso *hacer algo* y lo intenta desde luego en la forma elemental de provocar colectas de fondos para imprimir y divulgar los conceptos de aquel nuevo esfuerzo.

Si así se procediera en todo, y si de tal manera actuáramos todos, el problema americanista—que con ser obra de acción moral colectiva, ha menester la firme base de una efectiva dignidad individual—dejaría de ofrecer tantas incógnitas.—

Le envío esa modesta contribución que puedo repetir todos los meses, y estrecho efusivamente sus manos laboriosas.

José María Zeledón

Han respondido además:

Rubén Coto,	Ciudad
Marco Tulio Campos,	San Rafael de Heredia
Doña María de Noguera,	Santa Cruz de Guanacaste
Víctor Quesada,	Ciudad
Justo A. Facio,	Ciudad
Bolívar Alfaro,	Heredia
Soc. de Graduados de la Escuela Normal,	Heredia
Octavio Jiménez,	Ciudad
Néstor Núñez.	Ciudad

católica algo de la regresión medioeval en que consistió realmente, maquiavelismo y catolicismo habrían acabado por formar un solo sistema humanista, latinizando por completo la civilización occidental. El caso es que nunca se excluyeron ni condenaron.

El realismo papal entendió aquello más y mejor que el misticismo protestante. Por esto, la reacción antimaquiavélica encarnó en un teólogo de la Reforma: Grocio, y se trasmitió al racionalismo anticlerical que de ella provino y cuyo corifeo fué Voltaire, restaurando la doctrina de la política moral, o sea insistiendo en el error de la Edad Media. Este contrasentido aparente, conciliábase en la idea de la perfectibilidad humana, común al cristianismo y al liberalismo, el cual la dominó ley del progreso, suponiendo que el género humano se conforma cada vez más al concepto de justicia. De ahí la fe en el mejoramiento de la conciencia popular, y de consiguiente, en las instituciones que la toman por base, así como en el pacifismo resultante de ella y basado sobre el libre aeuerdo de las naciones para evitar la guerra: ocurrencias de Grocio, que el presidente Wilson readoptaría, persiguiendo la doble realización ecuménica de la democracia universal, tan ilusoria como la monarquía universal, y de la Liga de las Naciones, tan quimérica como «la concordia de los fieles»: de tal modo eso es cristianismo medioeval, a pesar de su apariencia moderna.

Pero Grocio era el talento, es decir la entidad que triunfa de inmeniato, imponiendo su ideología, y Maquiavelo el genio, anticipado en cuatro siglos a su posteridad. La lógica, que es el genio estéril de los que no tienen genio, ganó la preferencia sobre el realismo, que es la política viviente. Y el hombre continuó siendo la entidad abstracta del sistema ideológico y del sufragio universal: «todos nacemos iguales; luego...»

No hay tal «luego», porque la premisa es falsa; mas, el resultado político de esa lógica, revélase como una consecuencia inevitable. Así, Santo Tomás, en la *Summa*, especulando sobre la organización del gobierno ideal, conforme a la Biblia, formula un sistema de asombrosa semejanza con la constitución de los Estados Unidos cuyos redactores fueron, por lo demás, celosos cristianos; y las consideraciones políticas del P. Suárez parecen autorizar a considerarlo como un precursor de Grocio: por que en uno y otro caso, sea oportuno establecer la diferencia substancialísima entre las proposiciones aplicadas y las meras lucubraciones verbales que nada significan en realidad.

Toda diatriba contra Maquiavelo resulta, por otra parte, una deformación de su filosofía, o, si se quiere, una incomprensión pertinaz.

Consiste esencialmente en atribuirle dos morales, o mejor dicho, una sistemática inmoralidad política. Pero ello es falso. Lo que afirma el maquiavelismo, es que la política y la moral son cosas distintas y que tampoco se determinan entre sí. Pero no niega que es preferible y mejor la coincidencia de ambas cuando resulta posible. Cuando no, la política tiene que llenar su objeto, o sea la prosperidad de la nación. Mas, eso mismo, con exclusión del provecho personal para el estadista que lo ejecuta; pues el Estado es para Maquiavelo, según dice Bluntschli, «la existencia más elevada»: aquella a cuyo éxito debe sacrificarse todo.

Esa emancipación de la política, suborninada por el criterio medioeval a la teología, reemplazaba el devaneo absolutista de la monarquía universal por el equilibrio entre las potencias existentes; así como la completa abnegación del estadista, dedicado a la nación en cuerpo y alma, equivalía a la exaltación del hombre en héroe, bajo el concepto antiguo de la fuerza y de la belleza: el Príncipe, engendro supremo del amor a la patria.

Y la patria fué la resurrección más gloriosa de Roma en la obra maquiavélica: tan íntegra y viviente, que equivale a una verdadera creación sobre la anárquica barbarie de la Edad Media. La patria de nuestro sentimiento y concepto actuales, cada vez más parecida a la deidad que la Diosa Roma fué, la erigió en tal Maquiavelo. Y esto sólo bastaría para la más alta reivindicación de su gloria.

Asimismo, el patriota es el héroe a la romana, la entidad de fuerza y de belleza que se abniega por el triunfo de la nación, sin más trascendencia ni esperanza que esa misma victoria; mientras el paladín fué el campeón de la justicia formulada por la ley de Dios que premiaba con la eterna bienaventuranza su sacrificio. El equívoco ideológico que persiste hasta hoy, proviene de ese concepto ecuménico de justicia, empeñado en considerar a la humanidad como una entidad ético-jurídica, cuando no es más que una especie zoológica. De ahí la igualdad y la fraternidad originarias en Dios y en el derecho, que engendra al Pueblo del régimen demoliberal: postulados ideológicos desmentidos sin excepción por la experiencia. El objeto de la nación no es la justicia sino el bienestar cuyas expresiones morales son libertad, equidad, concordia; y no a la inversa. Así, cuando Alberdi sentencia: «el pueblo no es soberano sino de lo justo», cree expresar algo importante y en realidad no dice nada. Porque la soberanía del pueblo, como cualquier otra, no es una expresión de justicia sino de fuerza. Sin contar con que tampoco sabría él definir «lo justo».

Maquiavelo sistematizó así, junto con el deber patriótico, aquella otra gran conquista del Renacimiento, que fué la valoración del hombre. El objeto del saber y de la acción, no es formar un espíritu perfecto para la vida eterna; sino crear el dominador capaz de disfrutar en fuerza y belleza la plenitud de la vida humana. Construcción formidable, cuya posibilidad enseñó con su abundancia en todos los ramos de la acción y del saber, el hombre excelso del Renacimiento. Y como todo cuanto triunfa en la vida, es inicuo y tiránico para el que nace predestinado a la derrota, desde la hermosura ante la fealdad, hasta el valor ante la cobardía y el talento ante la necedad, la vida del Príncipe viene a resultar tiranía. Es el dilema vital que la democracia mayoritaria resuelve a favor cuantitativo del imbécil y del bellaco.

Pero Maquiavelo no lo vitupera ni alaba, porque su política es el arte de dominar por medio de cualesquiera sistemas, o sea por adaptación a las diversas manifestaciones de la vida; no una expresión de sus creencias personales. Analiza con un exclusivo fin: la prosperidad y la fuerza de la nación. El desinterés filosófico de su patriotismo es completo, aun cuando no excluye la sana aspiración moral: «Lo deseable sería que las cosas pudieran estar siempre regladas por la justicia; pero como esto es imposible, fuera necio subordinársele». Es, como se ve, lo contrario del rigorismo ideológico: «que perezcan los pueblos, pero que se salven los principios». Los principios, es decir las fórmulas de satisfacción personal que sacrifica la patria al egoísmo ideológico del principista. Pero el buen patriota es el que prefiere la patria a sus ideas.

La patria sobre el individuo es concepto anticristiano y antiliberal, porque niega lo absoluto.

El amor a la patria, exento, en su intangible purificación, de toda finalidad que no sea la patria misma, inspiró la obra y la vida de Maquiavelo. Por esto dije alguna vez que fué el último gran pagano de Roma y el primer gran ciudadano moderno. Realizó su obra de gigante, toda por la patria, en el modesto empleo de secretario y redactor diplomático de la República. Sus veintitrés plenipotencias nunca lo sacaron de la medianía. Proscripto por un gobierno que, para mayor amargura, había impuesto el extranjero, desgracia y miseria sobrevinientes no alteraron su patriotismo. Al contrario, y conforme la generosa peculiaridad del genio en desgracia, dió a su patria lo mejor: es decir, sus obras y su doctrina. Aquel *Opúsculo de los Principados*, o dicho a nuestro modo, «de los gobiernos», que por abreviar llamaron después *El Príncipe*, aunque su concepto impersonal tornaba inexacta dicha denominación, era el programa de la unidad y de la libertad de Italia, que constituyeron el ideal anticipado, y con ello el tormento de su existencia. Lo único que, en suma, había de ver, era la deformación torpe o malévola de su valerosa sinceridad. El contrasentido resultante iba a durar siglos de obscuridad calumniosa. Así, el liberalismo antimaquiavélico engendra la Revolución en que triunfa definitivamente el sistema demo-liberal; pero aquélla aplica el maquiavelismo (la advertencia es de Proudhon, insospechable, por cierto) como lo hace en la actualidad el maximalismo ruso, lo cual prueba que Maquiavelo tuvo la razón de los hechos, suprema, al fin, entre todas.

Comprendió por esto, antes que nadie, cómo siendo indispensable a la unidad de Italia, la expulsión del extranjero, era menester, ante todo, substituir a las tropas mercenarias por el ejército nacional, que así venía a constituir el núcleo de la patria: o sea lo que realmente queremos significar cuando le entregamos la custodia de la bandera. Y dentro de ese propósito capital, como otra anticipación de inmensa importancia, aunque especial y técnica, la preferencia por la infantería que viene a ser la idea central de su Tratado sobre el arte de la guerra.

El ejército nacional hace, por otra parte, que la guerra deje de ser un oficio, para asumir su noble y trágico carácter de función humana, inherente a la naturaleza del hombre, según lo enseña la historia. El pacifismo, dijo Lenín, es un prejuicio burgués; y yo añadiré que de procedencia mística. Su ideología falaz y menguada, querría dar, precisamente, un fundamento al derecho internacional. Pero ¿qué es este derecho? La colección de los tratados. Y éstos, ¿qué son a su vez? Los fundamentales, principalmente, imposiciones de la victoria: creación del derecho por la fuerza, inclusive el mismo que fundó «la Liga de las Naciones para evitar la guerra...»

Por lo demás, nada tan distante del pesimismo siniestro que supone la crítica liberal, como ese realismo maquiavélico.

No sólo restableció sobre la bárbara anarquía medioeval la idea de patria, abatiendo, en consecuencia, la construcción feudal, sino que al suprimir de las relaciones internacionales la ley de Dios, siempre violada, además, por la mala fe de los reyes y la nobleza, para reemplazarla con garantías efectivas, «contribuyó directamente a consolidar el derecho de gentes, divulgando la noción de las proporciones exactas entre el fin y los medios». (Holtzendorff y Rivier: *Introduction au Droit des gens*).

El análisis histórico, fundamento de su política, permítele concluir en la Historia de Florencia y en el Tratado complementario sobre la emigración de los pueblos septentrionales, que la introdución del cristianismo en el Imperio Romano y la política de los emperadores cristianos respecto a los bárbaros, contaron entre las causas principales de su caída. Con este concepto, demasiado moderno aun para la mayor parte de los historiadores, resulta una vez más el hombre de hoy: el viviente en la posteridad, que es el genio. Artista, a fuer de perfecto italiano, no sólo se revela escritor de primer orden en política y en historia, sino que es también poeta, novelista y comediógrafo. Mientras escribe *El Príncipe*, los poetas antiguos y modernos: Ovidio y Tíbulo, Dante y Petrarca, constituyen su lectura favorita. Y especialmente, como se ve, los poetas del amor, fuente de toda ciencia, según el divino cantor de la *Vita Nuova*. Es que el Renacimiento, como fenómeno social, fué un triunfo de la vida: la reinspiración de la alegría dionisíaca que Maquiavelo experimentó también hasta la sensualidad orgiástica manifiesta en algunas de sus poesías. «*El Príncipe* es, ante todo y sobre todo, una obra de arte», dice Arturo Pompeoti, prologuista del famoso Tratado. Y una obra de arte fué la vida pagana que políticamente restableció; una obra de arte, o sea el goce de la fuerza triunfante, que es síntesis de salud, vigor, belleza, ingenio, fecundidad. Así readquirió su importancia capital el valor de la vida por la vida misma. El objeto de la nación fué, con ello, la nación que es la más alta realidad viviente. El hecho determinó al derecho, en vez de ser ambos consecuencias del dogma o principio arbitrario, según la idea medioeval. La «virtud» maquiavélica definió la fuerza, conforme la rigurosa acepción latina que así expresa la excelencia viril. El arte cesó de perseguir la realización del ideal, para transformarse, con espíritu más humano, en una idealización de la realidad. Es decir, que Dios dejó de ser su objeto para que entrara a serlo el hombre.

A su vez el humanismo que denominaba tan decisiva transformación, intentó la explicación humana del origen y objeto de los Estados, o sea el maquiavelismo, como ya se vió. Su síntesis consiste en esto: el gobierno es un hecho; un permanente acto de fuerza que, de suyo, crea la jerarquía y con ello el mando de los más capaces de asumir dicha función. Todo lo que violenta este axioma efectivo es perversión ideológica. Cuando la democracia mayoritaria, hija bastarda del derecho divino, instituye el sufragio universal o soberanía directa del pueblo, procede como los autores de cuentos de hadas, dando por real todo aquello que les gusta. Su fundamento es conocido, siendo evidente que todo ciudadano debe querer el mejor gobierno para el país, todo ciudadano es apto para elegir gobierno. La misma ló-

gica nos llevaría a formular este absurdo: a todos los hombres les gusta cabalgar; luego, todos son jinetes. Y la verdadera consecuencia es una perpetua explicación condicional de esa realidad democrática que nunca llega: — Si todos votaran... Si todos cumplieran su deber...

Pero los sistemas gubernativos no son postulados a crédito, sino instrumentos de aplicación inmediata, que a semejanza de un artefacto o de un mueble, reemplazamos cuando no sirven para su objeto. Con todo, esto no es lo más importante en la ocasión. Lo principal es que la democracia mayoritaria, al suprimir la jerarquía, comporta el rebajamiento en que consiste toda igualdad. Porque igualar es someter a la condición del más inferior, los elementos de un conjunto cualquiera: reducir a cero, en una palabra. Tal es el resultado de la política moral, necesariamente desvanecida en abstracción.

La ventaja de la política biológica respecto a la metafísica y la ideología humanas, está en que funda el criterio sobre una condición general de la Naturaleza, invariable e inevitable a la vez. No comportará verdad ni certidumbre, es decir, sendas satisfacciones intelectuales, pero será la realidad que satisface al instinto, tan superior a la inteligencia como guía y resguardo de la especie. Dicha política proscribe lo absoluto y renuncia, en consecuencia, al vano afán de la perfección. Imita al médico sensato cuyo fin no es abolir la muerte, sino defender la vida. No se propone alcanzar lo eterno o conseguir lo bueno ni lo malo. Prescinde de los principios, como la vida tampoco los tiene, pero no es por ello inmoral: porque carecer de principios no es carecer de moral, sino de egoísmo dogmático o ideológico. Sostiene que la patria se justifica con existir y que la existencia de la patria es una expresión de victoria. Así la entidad política de Maquiavelo llega sólo ahora a la adultez, tras cuatro siglos de lucha por la vida y por la fama. Creador de la filosofía histórica, del derecho positivo, de la política realista y de la patria moderna, correspóndele a título, por decirlo así, filial, la mitad de la civilización. Sin contar aquel concepto del equilibrio parcial entre las potencias, al cual han debido volver las mismas que en la Liga de las Naciones adoptaron la quimera wilsoniana de la igualdad entre dichas entidades: imposición del hecho, que es la potencia misma, a la ideología evangélica y al criterio, así constituído sobre la firmeza de la realidad.

Tengo reiterado ya, que siendo la civilización una cosa greco-latina que la barbarie puede adoptar pero no crear, sus progenitores deben de ser también latinos. Ninguno lo comprueba mejor que ese romano redivivo en ese ciudadano de Florencia. El hombre excelso del Renacimiento, ofrece en Leonardo y en él sus encarnaciones más típicas. Ningún estadista ha gobernado y gobernará por tanto tiempo y a tanta gente como él. Ningún moralista ha sido más sincero y valeroso ante la vida, que es lo arduo, no ante la ideología que es lo fácil.

Pero tuvo genio y esta fué su maldición de numen caído. Como el astro distante, que ántumo y póstumo a la vez, revela en su luz actual su esplendor pasado, su existencia resume, así, la eternidad de la vida triunfante cuya belleza inicua y terrible afirmó con tan lúcida valentía. Fué un titán, es decir uno de aquellos colosos primordiales en quienes la pánica deidad de la creación, gozaba y padecía ya la obscura belleza del barro humano.

Leopoldo Lugones

(*La Nación*. Buenos Aires).

Un santo laico...

15.—¡Morir, quién tanto merecía vivir, ser inmortal! Morir de súbito, fulminada, como por un rayo de terrible tempestad, después de la cual jamás podrá resurgir sobre nuestro hogar el arco iris de la bonanza...

16.—"Mortifícanme inmensamente las faltas de los míos, a veces, más de la cuenta. Es como si recayesen sobre mí, sobre nuestro nombre. Mas nunca debemos perder del todo la indulgencia, descreyendo y desesperando, sea de lo que fuere, sobre todo de los nuestros, que tienen tanto de común con nosotros». Así pensaba la impecable María. Y cuando ahora, aún, me resiento de cualquiera de ellos, allá, se yergue delante de mí el mirar de intercepción que ella siempre me dirigía en su abono.

17.—Yo no había nacido para la vida de combate, sino para las gratas emociones del trato afectivo de la familia y de la sociedad. Con todo, por amor mismo de la sociedad y de la familia no he hecho casi otra cosa que luchar. Y nada más penoso para mi alma que dejar antiguos amigos y a cada paso ser obligado a separarme de los seres más queridos cuando no los condeno también a sufrir. ¡Para cúmulo de atrocidades, los hechos de la vida, lleváronnos ahora a María!

Desamorosa sociedad que nos pone en conflictos que nos hacen pedazos el corazón.

18.—¡Tener que luchar detestando las luchas! Mi vida pública puede resumirse en esto: combatir para unir. Unir toda la democracia portuguesa, unirla desde las escuelas, dentro y fuera del país, y unir nuestra democracia con las otras democracias, sobre todo a la del Brasil. Y a través de los combates fuí yo quien propicié las largas amnistías a mis adversarios. Mas lo que me ha costado... ¡Hasta perder a mi hija!

19.—Cómo son envidiables los pueblos en que la amenaza de los desastres políticos no sobresalta y arranca a ninguno a sus afectos... Bien gobernados, señores de sus derechos, sin recelo de que sus dirigentes los deshonren, pueden conciliar los deberes para con la patria con los deberes para con la familia, entregándose confiadamente a la labor perfeccionadora de sus profesiones y al franco y sereno convivio de sus casales. ¡No hay familias libres y felices sin la patria libre y feliz!

20.—Delante de todos estos acontecimientos extraordinarios que se desenvuelven trágicamente, embótase o sutilízase nuestra sensibilidad?

¿Qué es la muerte de una pobre niña en medio de las sucesivas e incesantes hecatombes de millares y millares de seres? ¡No! Esa muerte que sería un accidente banal para el mundo en las circunstancias ordinarias de la existencia, con un círculo de conmociones apenas circunscriptas a la vida privada, toma dentro del cuadro de la guerra en que no hay familias, sino nación, las proporciones de un desastre de la vida social, pues que todos nos unimos fraternalmente en las mismas hileras, sentimos con el mismo corazón... El dolor de un padre es el dolor de todos los ciudadanos. Y la gratitud de la patria diadema o túmulo de las víctimas. Ninguna lo fué más que María...

21.—Recorremos nuevamente, yo y *la Gigi*, el camino de Noruñe. Ibamos a Cambó con mi mujer y Narciso a convalecer de la influenza...Era el mismo camino que antes recorriéramos con María... Allá estaba la misma arca esculpida a la puerta de una casa de Biobie, los mismos árboles, la misma iglesia torreada, el mismo castillo señorial de puente levadizo, la montaña de las tres coronas, y la hospitalaria villa de la familia Welch...

¡No! No era nada lo mismo... ¡Todo mudara enteramente! Campos desflorecidos: las *sebes* silenciosas, lentos y nostálgicos los bueyes, hojas muertas que el viento acumula y esparce por el suelo, ramas de árboles pendiendo dolorosamente hacia nosotros, hileras de plátanos, rastrojos de maizales amarillentos, parras y helechos ensangrentando las colinas y los montes, niños desnudos, casas cerradas, opacas las pizarras de los acolinados techos, anunciándonos la caída de la nieve inclemente... ¡Tantas aldeas desmanteladas, sólo en ruinas! Las altas cumbres de los montes acumuladas de

nubes, desvanecido el propio oro del sol en las alturas y la flor del tojo en la tierra, sombras por todas partes, criaturas y criaturas de blusas prietas estrechándose a pares, cogidas por las manos...Preséntase el duro invierno con su investidura también mortífera...Vase suspendiendo la vida... Pasan carretadas de heno para ser hacinadas... Apílanse al hilo de las paredes mazos de leña para el hogar de la cocina. Bandadas de cuervos revolotean bajo. sobre la vega...

¡Mas cómo todo eso volverá a desnublarse y colorearse, a calentarse y reanimarse. ¡Cómo la luz se doraría y el amarillo de las hojas muertas nos pareciera primaveral, si ella resucitase y volviese a estar con nosotros! Y del propio luto de los niños, como del negro cabello de María surgiera una fulguración sagrada de esperanza y de mejores días... ¡Feliz la yedra que enreda indisolublemente al *carbalho* que el otoño deshoja, espera verlo todavía reverdecer, con todo el ardor de su savia!

22.—Tuve la honra de hacer, como Presidente del Consejo de Ministros, la declaración de fidelidad a nuestra alianza, solidarizándonos en la guerra por el derecho con los pueblos libres. Tuve también la de presidir como Jefe del Estado nuestra efectiva cooperación militar con los aliados. Veo en fin la victoria. ¿Qué puedo querer más, sino las justas reparaciones para mi país? Para mí nada. Sufrí mortalmente en estos últimos once meses. Vi morir una de mis hijas, mis compañeras de destierro. ¿Qué compensación de tamaña desgracia existe para mí? ¡Ninguna!... Consuelos sí... y los hay que no se olvidan... Y de los que recibí en Francia, nuestra hermana de armas, ninguna me podía enternecer más que la de una criatura del pueblo de Hendaya, que el día del armisticio me escribió a Cambó estas enternecedoras palabras: "En homenaje a los aliados, puse un ramo de las flores de la victoria sobre el túmulo de la *menina* María."

23.—11 de noviembre de 1918... ¡Aleluya! ¡El mundo respira! ¡Tocan las campanas de la parroquia el himno de la redención, al fin! Más ya María no las oye. Y suéname al mismo tiempo en los oídos, un doble de finados. Nada puede enjugar todas mis lágrimas... ¡María!

24.—Debajo de aquel cenotafio, bajo el arco de triunfo, yace mi hija, muerta de la guerra. Fuí hasta allá a rendirle el tributo de pío homenaje. Y no tuve ánimo para asistir después al espléndida cortejo. Era demasiado expansivo para mi luto. Envuelto en las nebulosas incertezas de nuestro Portugal, a quien la dí en holocausto, encerréme en religioso recogimiento junto a mi mujer a contemplar su retrato con éxtasis. A los tiros de cañón que revolaban incesantemente los suspiros nos chorreaban del pecho.

¡Sí! Día de apoteosis del derecho ¿Mas, también para nuestra patria? La sonrisa divina de María, que tanto sufrió por ella, hasta perder la vida, entreábrenos la esperanza. ¡Gloria a ti, santa mártir!

25.—15 de agosto a las diez y seis horas. Atravesamos la frontera. En Barca de Alba despliégase el pabellón nacional y salúdanme el alférez Jefe de la estación y el Jefe de la aduana. En todas las estaciones donde nos reconocen hay manifestaciones efusivas. Y luego, en Tui, un hombre de pueblo grita: "¡VIVA O PRIMEIRO DOS PORTUGUEZES D' ANTES QUEBRAR QUE TORCER...!" (¡Oh, desmedido corazón de nuestra gente!) Mas, no poder María oirlo... ¿Y cómo fué que no quebré...?

26.—¡Construyamos en nuestras almas el panteón de su memoria! Ella vela por nosotros.

27.—Tantos y tamaños sufrimientos para restaurar al Gran Portugal, y días y meses y años van pasando sin que la nueva alborada de nuestro glorioso destino histórico despunte siquiera ¡Quién tan desconcertadamente disipa lo mejor de la sangre de nuestros corazones! ¿Quién profana así nuestros sacrificios? Estas luchas vanas, disolventes, de la nación, traicioneras de nuestro porvenir, exaspéranme, enervánme.

Mas, María es nuestra. Es nuestro ángel de la guarda. Mi tormento la evoca y la veo erguirse dentro de mí seno como un desdoblamiento de mí mismo proyectado por mis acerbas saudades. Su blando mirar balsámico posa sobre mis dolores. Y sólo el eflúvio etéreo de su santidad siento, embelesándome, calmándome...

¡Creo en ti, María! ¡Las reliquias de nuestros muertos han de florecer!

BERNARDINO MACHADO

Ex-presidente de la República Portuguesa

Tradujo:

Emilia Bernal

Versos de María Enriqueta

A las diez...

Al dar el reloj las diez,
ha llegado, al fin, mi amado...
¡Hoy por la primera vez,
en mi oído han sonado
las diez!
Hoy por la primera vez.
el reloj ha señalado
las diez!...
Con un lápiz encarnado,
suavemente he subrayado
en el gran reloj, las diez.
¡Oh, dulce significado
de ese número anotado!
Ved su leyenda: «A las diez,
a las diez volvió el amado...»

Toma esta rosa...

—"Toma esta rosa-me dijo—;
simboliza mi afecto."
Y al dármela, de la mano
arrancósela el viento...

¡Sabio, adivino en amores,
oh, vientecillo discreto!
Una verdad me dijiste..
El amor de mi dueño,
fué sólo nube que pasa,
rosa que arrastra el viento...

Letanía

Por un momento cruzamos
juntas la ruta silente;

tú con *toillettes* a la moda;
yo, con mis trajes de siempre.

Tú con el andar ritmado;
yo, con el paso indolente.

Tú cargando tu muñeca
o tu *Pierrot*; yo, claveles.

Tú con el pelo cortado;
yo, peinada simplemente.

Tú con frases ampulosas;
yo, con frases sin relieve...

Mas...la ruta va empinándose...
Ya mis pasos se devuelven...

¡Sigue tú cantando al *jazz*!
Voy yo a cantar a la fuente.

Si haces tú los versos largos,
he de hacerlos yo muy breves.

¡Sigue tú tras de las modas!
¡Yo no, porque soy rebelde!

MARÍA ENRIQUETA

Madrid

Si Estados Unidos...

HAY muchas cosas que hacer en esta América española, con cada uno de sus problemas atrasados en cincuenta años, y para hacerlas, es cierto que el país capaz económicamente es Estados Unidos; y es cierto también que suele iniciar un ademán cordial de ayuda sana. Es verdad que, su calidad de pueblo nuevo, lo asimila más a nosotros que Francia y la misma Inglaterra, y que es reciente su experiencia de construcción nacional. Pero, si Estados Unidos quisiera....

Si quisiera cooperar en la creación de nuestras industrias, sin los privilegios que suele pedir, y que lo hacen odioso al capital del Sur;

si pagase la mano de obra india y mestiza como paga la mano blanca;

si nos ayudara a dar dignidad a las masas trabajadoras, por medio de la justicia económica y de la moralización de los talleres y minas (extirpación del alcohol y de la prostitución);

si entre tantos empréstitos que concede a gobiernos de dudosa honradez, dispensara algunos destinados *exclusivamente* a construir nuestras escuelas rurales y nuestras casas para obreros: si no diera millones de dólares con gesto de ciego, para que se hagan más en grande los *repartos* entre los políticos impuros;

si por cada cien iudustriales y banqueros que nos manda, nos enviase diez educadores escogidos. a vivir entre nosotros cinco años, a revelar sus instituciones y a hacer tipos de ellas en cada país;

si seleccionara mejor sus periodistas, a fin de que no se envenenen las relaciones de EE. UU. con nuestra América por *folletones* en que se nos ofende y se nos adultera;

si renunciara a esas fajas de tierra, tan mezquinas en kilómetros cuadrados, que ha ocupado en Centro América y en las Antillas, perdiendo por ellas la simpatía del enorme continente suriano y manteniendo su recelo despierto y hasta su mirada con odio;

si sus hombres de estudio, ya sean profesores, periodistas, sacerdotes, se pusieran a comprender a esta raza, *diferente sin inferioridad*, reverso distinto, pero no maldito, de su medalla espiritual, a fin de penetrar en el sentido de nuestros actos, que suele juzgar mal; si penetrara lentamente los huesos de esta raza del sur, hasta la médula!

País cristiano, EE. UU. tiene el deber de la cooperación sin el dominio; país próspero, se le ha asignado el deber de los grandes, que es el de dominar sus apetitos; país que ha hablado de reemplazar a Inglaterra o a Francia en dar su norma al mundo (la política y la moral) todo puede hacerlo, pero es preciso, por él mismo, *que venza sin mancharse*, porque los triunfos de la codicia material son inferiores,

Esperamos todavía de Estados Unidos, esperaremos unos años más, las gentes del Sur, desde los hombres eminentes hasta los maestros de escuela, a que nos comprenda, y que nos dé derecho a mantener la honra que como ellos debemos mostrar ante Europa.

Gabriela Mistral

(La *Nueva Democracia*, Nueva York)

El cetro en manos de Wall Street

EL reciente nombramiento de Dwight W. Morrow como embajador en México acaba de poner los destinos de Hispano América directamente en manos de la plutocracia yanqui. Ya Casa Blanca no necesita seguir sirviendo de mampara a los usureros universales. Wall Street no será ya el poder detrás del trono. Coolidge y Kellog acaban de arrojar la careta con el nombramiento de Morrow, columna principal de la casa Morgan, que irá a la capital azteca a garantizarles a los tragaldabas de New York los $ 500 millones de bonos mexicanos y los extensos intereses petroleros.

Shyloc debe sentirse complacido de sus servidores de Washington, esperando que, a la hora del vencimiento, el brazo de Casa Blanca estará presto, no a exigir la media libra de carne que pactó el judío de la tragedia shakespiriana, sino los millares de hombres sacrificados a la avaricia de los émulos de aquél.

El solo anuncio de Casa Blanca de que Morrow aceptaba la representación diplomática en México, precipitó, según el *New York World*, la adquisición de obligaciones del gobierno mexicano, subiendo algunas emisiones de 2 a 4 puntos. He aquí cómo se juega en la bolsa yanqui, como en el tapete verde, la soberanía y la felicidad de nuestras cándidas repúblicas. Ahí tienen también nuestros paisanos el resultado de la ciega y desatentada política del préstamo, llevada a sus límites por nuestros dirigentes, política tan repudiada por las más altas figuras de Hispano-América, porque tiende a enagenar la libertad al mismo tiempo que lleva a la ruina económica.

Comentando ese nombramiento, otro periódico del norte escribe:

«Lo que *The World* le dice a México relativo a las altas dotes de Dwight W. Morrow se parece a aquel consuelo que el gobernador Fuller les prodigaba a Sacco y Vanzetti: «el privilegio de ser ejecutados por un experto».

(*El nacionalista de Puerto Rico*. Ponce.

El último rebelde

EL cable informa hoy que en Nicaragua el general Sandino prosigue su lucha tenaz y heroica contra las fuerzas yanquis de ocupación y se niega a rendirse, a pesar de la falta de recursos y de las condiciones desfavorables en que le ha tocado batallar.

El magnífico gesto de Sandino, quien con un puñado de soldados desprovistos de todo elemento ha puesto en jaque a las fuerzas unidas del gobierno nicaragüense y del almirante Latimer, hace rudo contraste con la actitud de los otros jefes revolucionarios que como Moncada aceptaron la intervención y han ido a Washington a mendigar el apoyo del gobierno yanqui para sus ambiciones políticas.

El caso de Nicaragua es demasiado interesante para nosotros y ofrece cada día nuevos aspectos que es necesario tener en cuenta. La intervención yanqui, expresamente solicitada por el gobierno conservador, fue aceptada por los jefes liberales rebeldes, quienes de la noche a la mañana abandonaron la lucha para disputar a sus adversarios políticos el favor del invasor.

El peligro del imperialismo yanqui, como lo hemos dicho tantas veces, no está en la actividad del secretario de Estado de Washington, sino en las maniobras de los amigos fervientes que el gobierno yanqui posee en estas repúblicas. La intervención ha sido solicitada casi siempre por algún descastado y ha contado con el apoyo de los traidores que no faltan nunca.

El general Sandino es un símbolo y su bella actitud resalta en ese turbión de flaquezas en que naufraga hoy la independencia de Nicaragua.

(*El Espectador*. Bogotá).

Una errata más

La hemos hallado en el Cap. 7 de *Mi Don Francisco Giner*. La señalamos: Véase la pag. 222 del tomo en curso, columna 2.ª, renglón 15. Dice: *mas* indigestiones. Corríjase: *unas* indigestiones.

Forjador de almas

(Viene de la Pag. 296)

culpido con vigorosos trazos y los años nevaron—oscila en el dulce vaivén del ritmo lánguido y serenado.

Não sei me voou, sem'a levaram:
Nem saiba eu nunca a minha desventura
Contar aos que inda em vida não
[choraram...

. . . .

—Portugal--me dice: incitado por mí a marcar afinidades nacionales entre Portugal y España—es una nación netamente marítima, como España lo es continental. Son vecinos y hermanos, que se hacen gloriosos uno por mar y otro por tierra. Ambas características están reflejadas en sus más grandes poemas.

España tiene como héroe tradicional el Cid Campeador; y en Don Quijote hay un Cid espiritual. Es un caballero andante del ideal, que pone su lanza, como el Cid su espada, al servicio de la Belleza, la Verdad y la Justicia.

Portugal tiene al gran Alfonso de Alburquerque, el héroe de las gloriosas gestas atlánticas que cantó Camoens en las estrofas de *Os Lusiadas*, poema nacional por excelencia de Portugal. En el Quijote y en *Os Lusiadas* late el mismo acento universal que los hace inmortales.

. . . .

Preguntándole por la novelística portuguesa anterior a Eça de Queiroz nos traza un fino esquema. Camilo Castello Branco representa la época del flagrante conflicto entre la aristocracia decadente y la burguesía triunfadora. Su arte cabalga a horcajadas de dos épocas. Es el último gran novelista romántico (*Amor de Perdição*) y el primer escritor realista (*A Brasileira de Prazins*).

Con sus escenas de la vida doméstica—al modo balzaciano—es el iniciador de la novela moderna en Portugal.

La burguesía—ya triunfadora en su perfecto equilibrio moral—tiene, después, su fiel representante en la novela delicadamente sentimental de Julio Diniz, impregnada del mismo espíritu de entrañable amor social y moral que inspiró en Inglaterra a Carlos Dickens. Cuando la burguesía, minada en sus cimientos por el aura democrática, se desmorona, será Eça de Queiroz, y su buído escalpelo el que habrá de hacerla su autopsia.

. . . .

¿No existió—preguntamos—otro género literario, que haya seguido intención melliza a la novela de Eça y a la poesía de Junqueiro?

Indudablemente *As Farpas* de Ramalho Ortigão y del mismo Eça, *Os Gatos*, de Fialho d'Almeida, fueron batidores arietes en el ruinoso muro del constitucionalismo.

. . . .

Le interrogamos curiosos, por los novelistas del "ochocientos" español. Como paisajista prefiero a Pereda. Al Pereda de *Peñas arriba*. Encontramos muy pintoresco, claro, su ahidalgado tradicionalismo, muy natural en un solar montañés y rural como el suyo.

En cuanto a sentido costumbrista y alcance político-social, otorgo la preferencia a Galdós.

Valera me parece el más sereno y clásico—en sentido vivo y renovado—de los escritores españoles de la segunda mitad del XIX.

. . . .

¿Entre los actuales escritores españoles? Unamuno, con quien me une una entrañable amistad. Es, sin duda, en España, el más fecundo renovador de ideas. El es el esforzado campeón de una cultura dinámica, de alcance europeo, siempre en fecunda y honda gestación.

. . . .

Me admira el evidente progreso económico y cultural de España. El periodismo español nada tiene que envidiar al extranjero. Diariamente ofrece la prensa española en sus columnas las primeras firmas europeas alternando con las más prestigiosas del país. Cita—entre otros nombres—los de Zulueta, Araquistain, Ortega y Gasset, Andrenio, Castrovido...

. . . .

No cree en la apatía política de la juventud española. Señala el ejemplo que nos da Suiza, en donde no hay un domingo en que no vota un natural del país. Son intelectuales y ciudadanos en el más noble sentido de la virtud cívica y cultural.

Está convencido de que el florecimiento de la ciencia, del arte y de la industria en España, es tan vigoroso e intenso que no puede dejar de cuajarse en moldes cada vez más amplios y universales.

. . . .

Admira—y sigue con creciente interés—el progreso económico y espiritual de las repúblicas hispano-americanas. Es un convencido de que el nuevo sentido democrático de las antiguas nuevas patrias, ha de estrechar, cada vez más apretadamente los lazos de unión con las antiguas colonias. Lo que dará una gran base sustentadora del equilibrio y solidaridad fraternal entre los pueblos de la gran raza latina.

. . . .

El Dr. Machado, sigue, un rato, tratando temas varios y arduos de política. Su prodigiosa inteligencia reverdece todo cuanto toca. Le escuchamos silenciosos, admirando a esta esclarecida figura, que nos habla y que nos mira, con todo su acendrado caudal de experiencia y serena sabiduría. Es todo el glorioso siglo XIX de Portugal, que aún alienta, y parece encumbrarse en su prócer figura, para dar su generosa siembra de cívicas virtudes y altos idealismos a las modernas generaciones crecidas en su abnegado y noble apostolado cultural.

J. D. V.

Un estante de libros escogidos

En la administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

R. Fernández de Velasco: *Los contratos administrativos*	13.50
José Vasconcelos: *Ideario de acción*	1.50
Gregorio Marañón: *Gordos y Flacos*	1.50
Alberto Guillén: *Deucalión*	2.00
Xavier Icaza: *Gente mexicana.* (Novelas)	3.00
Santiago Argüello: *El alma dolorida de la Patria*	3.00
Eduardo Ortega y Gasset: *España encadenada. La verdad sobre la Dictadura*	3.50
H. Taine: *Filosofía del arte*	4.50
Narraciones de Venezuela: *Las Sabanas de Barinas*	4.00
Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid*	1.00

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica